

La carpintería del oficio

Con frecuencia, un detalle aparentemente anecdótico ocurrido en la infancia es el germen de una afición que se acabará convirtiendo en el centro de toda una vida, en la gran pasión que ensombrecerá todas las demás.

Recordando su niñez, el escritor e ilustrador egipcio Mohiedin Ellabbad escribe: “Un día, mi padre decidió darme toda la propina del mes de una sola vez. Era para que aprendiera a ser responsable y a repartirlo a lo largo de todo el mes. Ya entonces, yo soñaba con escribir e ilustrar historias. Por eso, no pensé mucho ni hice cálculos antes de ir a la papelería donde me compré una pequeña libreta roja para escribir y dibujar sobre un bonito papel. La sacaba por la noche, cuando todo el mundo dormía. Entonces la miraba, la acariciaba y pensaba en todas las historias que yo quería escribir y dibujar.”

Con el tiempo, los pasos titubeantes de las primeras tentativas se van volviendo más firmes. Insistiendo una y otra vez, en busca de un camino propio, el artista encuentra una forma original de expresarse.

Algunos de ellos suelen utilizar cuadernos de trabajo en los que anotan ideas, apuntes, rápidos bocetos, estudios de contrastes y luces. Son los intentos de fijar un instante, una ocurrencia, una sugerencia del pensamiento. A veces, apuntan tan solo un gesto con el que pretenden atrapar la identidad de la persona retratada, una escena de la vida diaria, un rincón de algún lugar visitado, una idea que surgió de improviso, un destello de la mente.

Suelen ser sencillos bocetos, ideas incipientes, meros apuntes que no se sabe si acabarán cuajando o se quedarán olvidados en el cuaderno, arrinconados por otra idea de mayor fuerza que ha venido a apoderarse de la voluntad del artista.

Tienen bastante en común con los cuadernos de viajes. Hay en ellos la huella de una historia, un paisaje, un personaje, una reflexión, un recuerdo, una ciudad, una fecha. Cuando el artista toma nota es que algo ha venido a irrumpir en lo cotidiano; y lo que pudo pasar desapercibido, se vuelve de pronto trascendente.

Me gusta mirar con detenimiento estos cuadernos, dedicarle un tiempo a lo que sólo es anotación al vuelo, embrión de una posible obra futura; encontrar en esos trazos urgentes, en la rápida anotación de unas manchas de color, en esos fugaces fragmentos, un detalle mínimo, alguna huella de la obra definitiva, del gran mural o del óleo sorprendente que tanta fascinación ha provocado en mí.

Me sucedió con los cuadernos de apuntes y dibujos de Fernando Zóbel en la última ocasión en la que vi su obra. Los 130 cuadernos que incluyen acuarelas, dibujos, estudios, fotografías, documentos y anotaciones -fruto de más de treinta años de trabajo- son pequeños laboratorios de papel, y reflejan mejor incluso que su obra definitiva – quizá porque esta la conocemos sobradamente- el universo personal y creativo del pintor.

Algo parecido ocurre con los *Cuadernos de África* de Miquel Barceló, aunque éstos tienen un origen y un propósito distintos. Del encuentro del pintor mallorquín con un

entorno y unas gentes radicalmente distintas a las de su mundo occidental, surgen sus dibujos, acompañados de anotaciones, recuerdos, citas y aforismos, cuya autenticidad nos cautiva. El continente africano se nos muestra aquí desde la retina de un artista siempre insatisfecho, experimentando siempre, siempre a la deriva, siempre buscando, como arrastrado por una fuerza que le lleva a abordar temas nuevos, empleando otras maneras y otros materiales.

Al abrir estos cuadernos, tiene uno la sensación de penetrar en el taller del artista; y parece como si el olor de las tintas y el acrílico, del óleo y la esencia de trementina, se hubiera quedado en sus páginas.

Estos cuadernos llenos de dibujos, de apuntes de paisajes, de estudios de rostros y posturas de los cuerpos, de pruebas de color, a veces acompañados de anotaciones de minuciosa caligrafía, poseen un valor escasamente reconocido. A quienes lo desconocemos casi todo de su trabajo, nos permiten atisbar el universo del artista, las largas jornadas de esfuerzo, los mil intentos, las ideas que sólo cuajaron parcialmente, aquellas otras que nunca se llegaron a realizar; en ocasiones, nos permiten intuir la desesperación ante el fracaso, del deseo de destruirlo todo y comenzar de nuevo.

No siempre fue así. En otros tiempos, cuando el arte era considerado un don divino, los artistas ocultaban la dureza de su oficio, la parte manual y esforzada que exige. Antes de morir, Miguel Ángel dedicó días enteros a quemar apuntes, bocetos y croquis, con la intención de borrar las huellas de su esfuerzo.

En *La libreta del dibujante*, Ellabab va desgranando sus recuerdos de infancia. Los olores, la luz, las sensaciones de otro tiempo regresan gracias a una pequeña incitación: un billete de autobús, un sello, una vieja foto familiar amorosamente guardada, modestos objetos que desde su aparente intrascendencia avivan el fuego de la memoria. Como en un preciado cofre, el artista ha ido atesorando lo más querido, una postal que le envió un amigo, un cromó, un recorte de prensa, la entrada a un museo.

Hallamos en él su admiración por las ilustraciones antiguas, que dejaron huella en su memoria y le empujaron a crear; y su devoción por la bella escritura, que se muestra exuberante en los versos del Corán escritos por los grandes calígrafos árabes.

Quizá su pasión por ilustrar libros proceda de la tradición tan arraigada en su cultura de decorar bellamente la primera página de los cuadernos y los libros o las cartas dirigidas a los amigos, y la de dibujar con *henna* en el cuerpo humano.

Como otros artistas, Ellabab pone al descubierto el andamiaje de su trabajo y nos desvela los secretos del oficio. Pero, sobre todo, nos enseña a posar la mirada sobre los objetos cotidianos y a descubrir, en una atenta observación, las mil sorpresas que en ellos nos aguardan. Es, además, una incitación a la creación, a plasmar con la ayuda de imágenes y de palabras nuestro mundo interior.

José Luis Polanco